

## Jerarquía y carismas en la Iglesia naciente

La teología no es sólo ciencia de la palabra de Dios. Es también estudio del actuar del hombre en las cosas divinas. Y éste puede ser tan complejo, tanto por la multiplicidad de individuos, como por la diversidad de acciones de los mismos, que resulta del todo imposible poder precisar o determinar su influjo en el dato revelado. No sabría decir qué resulta más difícil: si concretar el actuar de Dios en las cosas, o definir el obrar del hombre en lo divino. Porque, ¡cierto!, el Espíritu no se limita ni en el espacio ni en el tiempo; *ubi vult, spirat* (Jn 3, 8). También hay en el hombre, además de su actuar concreto y limitado en lo temporal, un obrar extratemporal y religioso: *no sois vosotros los que hablaréis sino el Espíritu que habita en vosotros* (Mt 10, 20). Dios continúa actuando en las cosas y en los hombres. Pero también éstos obran. La Iglesia la hacemos todos. La hace Dios, y también los hombres. La Iglesia se está haciendo, como se está haciendo el mundo. La creación no ha terminado, Dios continúa creando, porque cada día nuevos seres vienen a la vida. Porque las cosas que existen se están transformando, y la transformación es también obra de creación.

La Iglesia, si la miramos de cara al futuro, acaba de nacer. Los dos mil años que lleva de historia es un minuto en una duración de ocho horas. Y si se compara con la historia del mundo: un minuto en una duración de 43.000 horas, escribió un día Congar (1). La Iglesia tiene hoy de historia lo que el mundo tenía de existencia para el hombre medieval que no conocía nada del *sinánthropus* y *pithecánthropus*. Si muchos son los años que lleva de historia, son más los que tiene por delante para recorrer.

La Iglesia se está haciendo. Pero es siempre a partir de los casos concretos como actúa la palabra de Dios. En el subsuelo histórico hay siempre interferencias de un actuar humano, formas de proceder unilaterales, incidentes directos de hechos que se están realizando en la vida. La Iglesia no la hace únicamente el Espíritu Santo. También los hombres con

---

(1) CONGAR, YVES, *Le Concile au jour le jour. Troisième session*, Paris, Les Editions Du Cerf, 1965, pág. 151; *Diario del Concilio. Tercera Sesión*, Barcelona, Ed. Estela, 1965, pág. 135.

sus virtudes y con sus fallos. Dios deja siempre que el hombre actúe; aunque luego El ponga la última palabra.

El artículo quiere ser una síntesis de ése actuar de Dios y del hombre en la Institución de la Iglesia.

#### I. — IGLESIA, ASAMBLEA DEL PUEBLO DE DIOS

Cuando leemos la Constitución del Concilio Vaticano II *Lumen Gentium*, desde el punto de vista histórico, notamos en seguida que algo ha cambiado en la Iglesia. Cierto, que en lo sustancial la Iglesia de hoy es la misma de siempre, la de todos los tiempos. Pero también hemos de reconocer que su organización e institución no es la misma. Una serie de factores humanos han intervenido en su proceso histórico. Algo en ella ha ido evolucionando, adquiriendo matices nuevos. Algo se ha ido haciendo y precisando. Pero, este hacerse, en lo que tiene de organización, ¿se debe únicamente a un impulso divino, o también a un actuar del hombre? He ahí el difícil problema que se le presenta al teólogo, y que no podrá resolver sin echar mano de la historia. Los fallos de los teólogos radican en su mayor parte en el desconocimiento de la historia. Trabajan a menudo demasiado condicionados por la palabra de Dios, olvidando que somos los hombres quienes la juzgamos e interpretamos.

Al principio del Evangelio la Iglesia es identificada con la comunidad primitiva. El término *ekklesia* figura sólo dos veces en los Evangelios: *sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16, 18). Se trata aquí ciertamente de una nueva comunidad religiosa instaurada por Cristo. En otro pasaje leemos: *si tu hermano no te escucha... dilo a la Iglesia* (Mt 18, 17). Tiene en este caso un sentido concreto. Se trata de la comunidad fraterna *local*, a la que uno pertenece.

En los Hechos, Epístolas y Apocalipsis el término *ekklesia* pasará a designar unas veces, las comunidades locales: reunión de todas las iglesias (2 Cor 11, 28); otras, la totalidad de los cristianos, o mejor, la asamblea de las iglesias (Ef 5, 23, 25). Resulta igual decir: *toda la Iglesia* (Act 8, 3; 12, 15), o que se añada la circunstancia, *en Jerusalén* (Act 8, 1; 11, 22). Será a raíz del crecimiento del número de comunidades cuando la Iglesia podrá encontrarse en Jerusalén (Act 15, 4; 18, 22), o en Antioquía (Act 11, 26; 14, 27; 15, 3). Ni que decir tiene que la Iglesia así limitada geográficamente, está sujeta a unas estructuras concretas y humanas; distintas ciertamente de cuando leemos: *la Iglesia en toda Judea y Galilea y Samaría* (Act 9, 31), en que la tomamos bajo un aspecto de mayor universalidad. Sólo con san Pablo, encontramos el plural: *las Iglesias* (Act 15, 41; 16, 5) (2).

(2) MEINERTZ, MAX, *Teología del Nuevo Testamento*, Madrid, Ediciones Fax, 1963, pág. 239.

El término *ekklesia* admitirá también las precisiones de asamblea de culto (1 Cor 11, 18, 22); comunidad completa de un lugar (1 Cor 1, 2; 2 Cor 1, 1; 1 Tes 1, 1; Rom 16, 1; Flp 4, 15); comunidad doméstica (Rom 16, 4; 1 Cor 14, 33; Gal 1, 2; 2 Tes 1, 4). Cada hogar es una iglesia en el sentido paulino de la palabra (3).

Cuando san Pablo así escribe nos habla de una Iglesia organizada (4). Pablo no sólo funda iglesias, se preocupa también de organizarlas, para que haya orden en la casa de Dios (1 Cor 14, 33). Pero, este orden establecido por Pablo, ¿es todo él de inspiración divina, o de estructuración humana?

No hallamos en el Nuevo Testamento una precisión acerca de la organización de la Iglesia naciente. Tal vez los Apóstoles con su visión escatológica acerca de la vuelta del Señor hayan vivido indiferentes a esta cuestión que nos preocupa hoy. Cristo eligió personalmente a sus discípulos. Luego, éstos, inspirados por el Espíritu Santo y por las necesidades humanas de la comunidad naciente, eligieron a los hombres que la Iglesia necesitaba en aquel entonces (Act 6, 2-6; 14, 23). Posteriormente, en vez de los Apóstoles, fueron sus delegados, tales como Timoteo y Tito (2 Tim 2, 2; Tit 1, 5; cf. 1 Tim 5, 22); siendo los fieles invitados a que diesen su consentimiento.

La Iglesia como institución se va haciendo a través de los años. No existe en sus orígenes una *organización* en el moderno sentido de la palabra. Es el Pneuma divino, con sus dones, quien suple abundantemente lo inacabado e imperfecto de la organización. Ambos elementos están íntimamente entreverados, a veces lo carismático ejerce una función ministerial permanente, y lo jerárquico se ve adornado de lo carismático (5).

## II. — EL CARISMA EN LA IGLESIA

La simple lectura de las epístolas de san Pablo, y su cotejo con los cc. 11, 12 y 13 de la *Didaché* nos hacen ver una estructuración eclesial distinta a la que tenemos hoy. Aunque el problema no se presente en nuestros días, no por eso hemos de silenciarlo. Históricamente nos hace ver una situación de la Iglesia hacia finales del siglo primero, que el teó-

(3) Cf. Rom 16, 4; 1 Cor 14, 33; Gal 1, 2; 2 Tes 1, 4.

(4) En la carta a los Filipenses 1, 1 saluda a los "episcopos y diaconos", sin indicarnos en qué consisten sus funciones. Parece con evidencia que se preocupa de que persevere la enseñanza recibida del Apóstol; su ministerio parece ser el mismo de los *didascalos* de Corinto y *presbytres-episcopos* de Efeso. Cuando en los Gal 6, 6 dice "aquel que ha sido instruido debe hacer parte de sus bienes al que le instruyó", habla de una Iglesia organizada. El ministerio doctrinal ha de ser retribuido como el del apostolado (1 Cor 9, 6-15).

(5) Cf. SUÁREZ, LUIS, *Los carismas como complemento de la jerarquía*, en "Estudios Bíblicos", 5 (1946), 303-334; BOVER, JOSÉ M., *Los carismas espirituales en san Pablo*, en "Estudios Bíblicos", 9 (1950), 295-328; RETIF, A., *Qu'est-ce que le kerygme?*, en "Nouvelle Revue Theologique", 71 (1949) 910-922.

logo ha de constatar, para que sus conclusiones no vayan más lejos de lo que los textos permiten.

Ya las últimas epístolas nos hablan en distintas ocasiones de los *predicadores itinerantes* (1 Tim 1, 3-7; 4, 1-16; 6, 3; 2 Pe 2, 1; 1 Jn 4, 1-3; 2 Jn 10), que son designados con diferentes nombres. Cuando la Didaché habla de *doctores*, *apóstoles* y *profetas*, dichos términos son precisamente los empleados por san Pablo a partir del año 57 (1 Cor 12, 27-28 en unión con 12, 12-13), para designar las tres funciones más importantes que pueden ejercerse al servicio de la Iglesia (cf. Act 13, 1; Rom 12, 6-8; Ef 4, 11; 1 Tim 2, 7). Comparándolos con los de la Didaché vemos que los términos apóstoles, profetas y doctores corresponden a una función esencial: la predicación.

El término *apóstol* es empleado en la Didaché cuando se trata de fundar una iglesia. El de *profeta* cuando se trata de establecer un lazo de unión entre las iglesias existentes. El de *doctor* designa preferentemente a aquel que enseña durante un largo período; el encargado de la instrucción religiosa. Estos tres nombres tienen su punto de partida de Cristo, a quien se le llamó Doctor, significando Maestro, fue Profeta y creador de los Apóstoles. Ya al principio de la Didaché se recomienda la veneración particular de aquel que predica y lleva la palabra de Dios, a quien hay que venerar como al Señor (Did IV, 1).

Apóstoles, profetas y doctores son de institución divina para san Pablo. Es Dios (1 Cor 12, 28) o Cristo Jesús (Ef 4, 11) quienes los han puesto en la Iglesia. También hoy continúa habiendo en ella apóstoles, profetas y doctores, pero no son reconocidos oficialmente; no forman parte de la jerarquía. Todos ellos eran *ministros de la palabra* en los orígenes de la Iglesia naciente, y ocupan en san Pablo el primer puesto en la lista de los ministerios (1 Tim 5,17). La Iglesia se nutre de la palabra apostólica, predicada, explicada y aplicada a los hombres. No hay vida cristiana sin conocimiento de la revelación, transmitida a los hombres por los mismos hombres.

Pero esta transmisión oral de la palabra de Dios se va haciendo en el tiempo, y concretando en el cosmos. Va adquiriendo estructuración humana. En Rom 12, 6-8 cuando san Pablo enumera los carismas: *profecía* y *diaconía* —en el sentido de servicio en general (1 Tes 5,12)—; el que enseña, exhorta, da, dirige —esto es, el que ejerce la dirección espiritual (cf. 1 Tes 5, 12)—, y el que ejerce la misericordia, no habla de ellos como jerarquía, ni reciben una denominación especial. Los Hechos en cambio (Act 13, 1, cf. 11, 27-28; 15, 32) hablarán de los *profetas* y *didascalos* que existen en Antioquía, punto de partida de las grandes misiones paulinas; pero tampoco nos dicen cuáles son sus funciones. Hay sin embargo en los carismas una jerarquía, a medida que Apóstoles, Profetas y Maestros pasan a recibir una denominación personal, mientras que los

restantes se designan con las palabras abstractas: milagros, curaciones, etc. (cf. 1 Cor 12, 28).

El *apóstol* va siempre a la cabeza, porque funda Iglesias. Su misión es ir a predicar por todas partes el evangelio; hacer de lazo de unión en las diversas iglesias. Los *profetas* y *doctores* son ministros de iglesias locales. Los profetas son sin duda predicadores inspirados que hablan con claridad, sin necesidad de intérpretes como los *glosolalios*, que hablan inspirados y autosugestionados una serie de ideas enigmáticas. Los *doctores* parecen tener por objetivo interpretar el mensaje cristiano a la luz del Antiguo Testamento, y poner en evidencia, o esclarecer las verdades de fe que el creyente admite (6).

En Ef 4, 11 san Pablo vuelve a enumerar una lista parecida a la de 1 Cor 12. También aquí *apóstoles* y *profetas* se enumeran a la cabeza de los carismáticos, pero antes de pastores y doctores se intercala a los *evangelistas*, una clase ciertamente inferior a los predicadores del evangelio, que sólo se encuentra aquí, y en 2 Tim 4, 5 y Act 2, 18 en que se da dicho título a Timoteo, el fiel colaborador de san Pablo, y a Felipe, uno de los siete. Su misión será parecida a la del apóstol, pero sin ser testigos de la resurrección de Cristo (7). En Rom 12, 6 no se hablará sin embargo de los apóstoles entre los carismáticos. Figura en primer lugar el carisma de la profecía, luego el de la enseñanza y el de la presidencia. En 1 Cor 14 se hablará de los profetas, colocando la profecía por encima del don de lenguas (8).

En la Iglesia naciente encontramos por un lado una imprecisión y a la vez una evolución histórica, hacia una organización estable de la Iglesia. Al lado y por debajo de los *Apóstoles* encontramos en el Nuevo Testamento otros grupos de personas con numerosos *servicios* (*carismas*), pero también personas que se distinguen por ministerios fijos al servicio de la Iglesia (apóstoles, profetas y evangelistas), o al servicio de las comunidades particulares (obispos, presbíteros, diáconos, doctores y pastores) (9).

¿Podemos precisar o concretar cuáles fueron sus funciones o prerrogativas en la Iglesia naciente? ¿Qué papeles desempeñaron en ella, y en qué se diferenciaban entre sí?

(6) Cf. SCHMIDT KARL-LUDWIG, *Le ministère et les ministères dans l'église du Nouveau Testament*, en "Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuse" (Strasbourg), 17 (1937), 313-336. Véase MENOUD, PH. H., *Ministère*, en *Vocabulaire Biblique*, Neuchatel-Paris, Delachaux & Niestlé s. a., 1956, pág. 178.

(7) Cf. CULLMANN, OSCAR, *La foi et culte de l'Eglise primitive*, Neuchatel, Editions Delachaux & Niestlé, s. a., 1963, 200 pp.

(8) Cf. MENOUD, PH. H., a. c.; MEINERTZ, MAX, o. c., pág. 435.

(9) Cf. KÜNG, HANS, *Estructuras de la Iglesia*, Barcelona, Ed. Estela, 1965, página 208; DEWAILLY, L. M., op.; *La personne du ministre ou l'objet du ministère?*, en "Revue Sciences Philosophiques et Theologiques", 46 (1962), 650-657; COLSON, JEAN, *Les fonctions ecclésiastiques aux deux premiers siècles*, Paris, Desclée de Brouwer, 1956, 375 pp.

1) *Los "apóstoles"*

El término *apostolos*, apóstol, traducción del vocablo judío *sēliah*, "enviado", es el representante de otra persona. Significa por tanto en su origen judío mandatario que posee una autoridad delegada (10). El término aparece una vez en Herodoto y otra vez en los Setenta. Filón de Alejandría no conoce el término (11). Es una palabra profana de origen griego que pasa a tener un sentido religioso en el pueblo hebreo.

a) *Cristo, apóstol*

En la epístola a los Hebreos 3, 1 Cristo es el *apóstol* por excelencia. Es el *sēliah* de Dios. En los Sinópticos es el mismo Jesús quien se aplica el oráculo de Isaías: El me ha *enviado* a traer la Buena Nueva (Lc 4,18). Para eso ha sido *enviado* (Lc 4, 43; Mt 15, 24). Cristo es el servidor de Dios, el *enviado* a invitar al gran banquete (Lc 14, 17). Es el Hijo muy amado que Dios-Padre *envía* a su viña (Mc 12, 1-6; Lc 2, 10; Mt 21, 33-37). El que me escucha, escucha al que me *envió* (Mc 9, 37; Mt 10, 40; Lc 9, 40); el que me rechaza, rechaza también al que me *envió* (Lc 10, 16).

b) *Los Doce "Apóstoles"*

Si Cristo es apóstol, en cuanto enviado del Padre, su misión es luego transmitida a sus colaboradores íntimos: *Como Tú me enviaste, así los envío Yo al mundo* (Jn 17, 18; 20, 21); y los constituyó *apostoloi*, sus *enviados* (Mc 3, 13-19), en número de Doce, siguiendo la numeración simbólica de las doce tribus de Israel (Lc 6, 12-16; Mt 10, 1-4; 19, 18). Es a los Doce a quienes Cristo envía, habiéndoles dado antes una serie de instrucciones (Mt 10, 5; Lc 9, 2).

Tenemos cuatro listas de Apóstoles (Mt 10, 2-4; Mc 3, 16-19; Lc 6, 14-16; Act 1, 13). Estas listas no se copian. El orden en la numeración de los nombres varía en las listas dadas por Mateo y Lucas. Juan 14, 22 hablan de Tadeo. Tadeo es un sobrenombre. Mateo y Marcos lo llaman así para evitar el homónimo desagradable con el traidor, mientras que Lucas piensa poder evitar este equívoco indicando el parentesco de Judas con Santiago el hermano del Señor (12).

(10) Cf. CERFAUX, LUCIEN, *Pour l'histoire du titre apostolos dans le Nouveau Testament*, en "Recherches de Science Religieuse", 48 (1960), 76-92; LEUBA, J.-L., *Apôtre*, en *Vocabulaire Biblique*, ed. c., pág. 19; IDEM, *L'Institution et l'événement*, Neuchâtel-Paris, Delachaux & Niestlé, s. a., 1950, 141 pp.

(11) Cf. VERHEUL, A., *De moderne exegese over apostolos*, en "Sacris Erudiri", 1 (1947), 385-404.

(12) Cf. LAGRANGE, M. J., *L'Evangile selon saint Luc*, Paris, J. Gabalda, 1941, página 181.

Cuando en los Evangelios se nombra a Judas, el traidor, se indicará uno de los Doce (Mc 14, 10; 20; 43; Mt 26, 14, 47; Lc 22, 3, 47; Jn 6, 71). Lo mismo se dirá de Tomás (Jn 20, 24).

Los Doce son elegidos por Cristo (13) para que estén con El; y los envió a predicar con poder de expulsar a los demonios (Mc 3, 14-15). Todos ellos son judíos elegidos por Cristo para confirmar la alianza de Dios con las doce tribus de Israel (cf. Mt 19, 27-30). Es con ellos con quienes come y bebe después de resucitar (Act 10, 41); a quienes da el Espíritu Santo (Jn 20, 22); con quienes estará siempre, incluso después de su despedida, como lo estuvo en vida (Mt 28, 20). Son ellos los que anuncian el Evangelio a los judíos, samaritanos y paganos (Act 1, 8; Gal 2, 9; Mt 28, 19). Ellos son, los Doce, el fundamento sobre el cual reposa la nueva sociedad, *ekklesia*; de quienes dependerá la expansión del mensaje evangélico (cf. 1 Cor 15, 1-7). San Pablo lo hará notar cuando escribe: *Apóstoles* y profetas son los fundamentos sobre los que vosotros estáis cimentados (Ef 2, 20). Y san Juan en el Apocalipsis, describiendo la Ciudad Santa, la Jerusalén del cielo, dirá: "El muro de la Ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas, los nombres de los *doce apóstoles* del Cordero" (Apoc 21, 14). Los Doce jamás son llamados apóstoles por Mateo y Marcos, sólo tres veces por Lucas. La razón es que ante su *Enviado* (Cristo), el *sêliah* no tiene razón de ser (14).

El movimiento semántico que conduce a identificar los Doce con los Apóstoles históricamente no está claro. Tal vez la forma obscura de hablar san Pablo pudo sugerir que los Doce eran llamados Apóstoles antes de haber sido enviados en misión, con ocasión de la aparición a Santiago y a todos los apóstoles (15).

### c) Pedro "apóstol"

Entre los Doce, Pedro es siempre el primero y Judas el último: *Pedro y los demás* (Act 2, 37; 5, 29); *Pedro con los once* (Act 2, 14). En Mateo 10, 2 leemos: *prôtos Simon ho legomenos Petros*. *Prôtos* no tiene aquí un sentido enumerativo, sino cualitativo. Se le da por la confesión de fe que hace (Mt 16, 13-19). El texto parece estar inspirado en Is 22, 15-23 (16).

(13) Cf. Mc 3, 16; 4, 11; 6, 7; 8, 19; 9, 35; 10, 32; 11, 11; Lc 6, 13; 8, 1; 9, 1, 12; 18, 31; Jn 6, 67, 70; Act 6, 2; 1 Cor 15, 5.

(14) Cf. COLSON, JEAN, *L'Episcopat catholique. Collégialité et Primauté dans les trois premiers siècles de l'Eglise*, Paris, Les Editions du Cerf, 1963, pág. 16.

(15) DUPONT, J., *Le nom d'apôtre a-t-il été donné aux Douze par Jésus?*, en "L'Orient Chrétien", 1 (1956), 267-290; 425-444; SALAVERRI, JOAQUÍN, *Sucesión apostólica y singularidad de la misión de los "Doce"* en "Revista Española de Teología", 27 (1967), 245-269; WILCKENS, U., *Die Missionsreden der Apostelgeschichte. Form- und traditionsgeschichtliche Untersuchungen* (col. "Wissenschaftliche Monographien zum A. und N.T.", 5), Neukirchen Kreis Moers, 1961 (cf. DUPONT, J., *Les discours missionnaires des Actes des Apôtres d'après un ouvrage récent*, en "Revue Biblique", 69 (1962), 37-60).

(16) COLSON, JEAN, *L'Episcopat catholique...*, pág. 16-7; LEMEER, B., *Autour du primat de Rome*, en "Angelicum", 31 (1954), 161-179; JUGIE, M., *De B. Petri Apostoli*

Pedro es presentado siempre en la catequesis sinóptica como el portavoz de los Doce ante Jesús. Juan, aunque indica de sí, con cierta vanagloria mal disimulada, que es el discípulo amado del Señor, el primero en creer en la Resurrección (Jn 20, 8; 21, 7) y que Andrés es el primero en reconocer al Mesías (Act 1, 41), es a Pedro a quien Jesús sin embargo ha dicho *apacienta mis corderos* (Act 1, 15); quien preside la elección del sustituto del traidor (Act 1, 15); quien dirige la palabra el día de Pentecostés (Act 2, 14 ss.); quien da las instrucciones para poder ser admitido en la comunidad naciente (Act 2, 38); quien condena a Ananías y Safira (Act 5, 1); quien acoge en la Iglesia al pagano Cornelio (Act 10, 1 ss.). Es por él por quien los cristianos hacen súplicas al ser perseguido por Agripa, como el principal de todos (Act 12, 3 ss.). Juan le acomaña, pero es Pedro quien ora y actúa (Act 3, 1; 4, 22), enfrentándose con Simón Mago (Act 8, 14 ss.; 20 ss.) (17). Es, en fin, sólo Pedro, quien dirige el Concilio de Jerusalén. Lo de Santiago fue otra reunión no conciliar, de tipo local y doméstico (18).

d) *Pablo "apóstol"*

*Apóstol* es en un principio el elegido por Cristo para ser su *testigo* (Act 1, 8, 22; 2, 3; 4, 33). Testigo de su vida, doctrina y hechos. Luego será de su Resurrección gloriosa. Matías es elegido para sustituir al traidor y completar el número Doce (Act 1, 15, 26). Los cristianos permanecen en la *doctrina de los Doce* mientras estaban en Jerusalén, nos dicen los Hechos (Act 2, 42). Los Doce predicán y hacen milagros (Act 2, 43; 4, 33; 5, 12; los enemigos atentarán contra ellos (Act 5, 18, 40): Los actos oficiales se harán ante ellos (Act 6, 6; cf. 4, 35; 5, 2; 9, 27); y ellos mismos atenderán a la predicación del evangelio (Act 8, 14; 11, 1). Con la muerte de Santiago, hijo de Zebedeo (Act 12, 2), el número Doce queda definitivamente abolido, al no ser elegido otro sustituto en su lugar.

El cuadro judío se rompe cuando el Resucitado se aparece a Pablo (Act 9, 1-9), que pasa a ser el *apóstol* de los paganos (Gal 2, 9). Es Pablo quien llevará el evangelio a los no judíos. Pablo es llamado por Dios para ser enviado a predicar (1 Cor 1, 17). Pero Pablo debe ser bautizado y recibir por tradición la catequesis primitiva. Ha de ser instruído (cf. 1 Cor

*Romanique Pontificis Primatu-Testimonia orientalia*, en "Angelicum", 6 (1929), 47-66; CULLMAN, OSCAR, *Saint Pierre, Disciple-Apôtre, Martyr*, Neuchatel-Paris, Delachaux & Niestlé, s. a., 1952, 229 pp.

(17) Cf. JAVIERRE, ANTONIO M., *El tema literario de la sucesión. Prolegómenos para el estudio de la Sucesión Apostólica*. Carta prólogo de M. L. Cerfaux (Pontificium Atheneum Salesianum, Facultas teologica), Zürich, Paz Verlag, 1963, 594 pp.; DUBLANCHY, E., *Enseignement de la tradition chrétienne des quatre premiers siècles sur la Primauté pontificale*, en "Revue Thomiste", 23-25 (1918-20), 236-257; 349-371; véase MEINERTZ, MAX, o. c., pág. 240.

(18) Cf. *L'évêque dans l'Eglise du Christ*. Travaux du symposium de l'Arbresle 1960, recueillis et présentés par H. Bouéssé et A. Mandouze. Paris, Desclée de Brouwer, 1963 (intervención del P. Benoit en diálogo con Mgr. Journet, pág. 341); MAROT, H., *Descentralización estructural y Primado en la Iglesia antigua*, en "Concilium", 7 (1965), 16-30.



11, 23-26; 15, 1-7). No sólo fue informado por el Espíritu Santo, lo fue también por los hombres; fue catequizado, educado e instruido en la vida, hechos y doctrina del Señor. Con él, con san Pablo, el título de *apóstol* expresará la experiencia de una vocación misionera. Pablo es el misionero que introducirá el sentido universalista del mensaje cristiano, fundando Iglesias, y predicando a todos, no sólo a los judíos (Rom 11, 25-32) (19).

¿Este sentido universalista del evangelio, lo aprendió Pablo de la cultura griega, al lado de Lucas?

El término apóstol adquirirá con Pablo un sentido mucho más amplio. Predicar o evangelizar es la obra del apóstol, encargado de una misión (Rom 10, 14-15). Pero la misión de Pablo, que es apóstol (Rom 11, 13), va dirigida a los gentiles. Para ser apóstol es necesario ser enviado por Dios, no por los hombres. La vocación apostólica viene de Dios por medio de Cristo (Gal 1, 1). Pablo es llamado al apostolado por Cristo, según la voluntad de Dios (1 Cor 1, 1), siendo agregado al grupo de *sus predecesores*, los Apóstoles de Jerusalén. En 1 Cor 15, 5-8 nos habla del origen divino de su apelación, y va unido a las apariciones de Cristo resucitado, que envía a sus discípulos a predicar la buena nueva.

Mediante esta llamada el grupo de los Doce se rompe y se alarga. Apóstoles no son ya únicamente los Doce, sino ellos y Pablo, en plena igualdad, aunque el último de entre ellos, como se llama él mismo (1 Cor 15, 8); únicamente por haber sido el último en entrar, no porque sea inferior en categoría y dignidad. El apostolado de los Doce y el de Pablo, aunque distinto, están unidos entre sí y mutuamente son reconocidos (Gal 2, 7-10).

Apóstol pasa a significar, de testigo de la resurrección de Cristo, *ecónomo de los misterios divinos* (1 Cor 4, 1). El término apóstol adquiere un sentido más amplio, aplicándose a los misioneros que sobresalen especialmente (Rom 16, 7; Flp 2, 25). El apostolado es el supremo don del Espíritu concedido directamente por Cristo. En 2 Cor 12, 12 san Pablo enumera las cualidades distintivas del apóstol. Sólo Cristo puede dictaminar sobre la probidad de una persona (2 Cor 10, 18), para constituirse en *apóstol* de verdad.

#### e) *Los grandes apóstoles de Jerusalén*

¿Quiénes son exactamente los Apóstoles? Santiago, Cefas, Matías, los Doce y Pablo son apóstoles (1 Cor 15, 7). Apóstoles son también otros personajes que los Doce. Constituyen un círculo cerrado, opuesto al grupo de los quinientos hermanos, testigos de la resurrección de Cristo, y que sin embargo, no recibieron la misión del apostolado; no fueron enviados (1 Cor 15, 6). No todo testigo de la resurrección es apóstol; aunque todo apóstol haya sido testigo de ella al principio (1 Cor 15, 7). Además de haber visto a Cristo resucitado (Lc 24, 48; Jn 20, 21; 1 Cor 9, 1; 15, 7),

(19) Cf. LEUBA, J.-L., a. c., pág. 20.

el apóstol necesita haber recibido el mandato de testimoniar la resurrección, y por ello defender la persona del resucitado y su obra (Mt 28, 19; Jn 20, 21; Rom 1, 5; 1 Cor 1, 17).

Es dudoso poder contar como apóstoles, en los sentidos anteriormente indicados, a Bernabé y los hermanos del Señor (1 Cor 9, 5-6), Andrónico y Junia (Rom 16, 7), Santiago hermano del Señor (Gal 1, 19), Apolo (1 Cor 4, 6, 9), Silas y Timoteo (1 Tim 2, 7; cf. 1, 1). Si la forma de hablar san Pablo nos permite contarles entre ellos, los podemos también considerar como simples *enviados* de tal Iglesia a tal otra, como misioneros eminentes de los primeros tiempos.

El apóstol, en cuanto tal, es en cierto sentido *profeta* y está adornado del don de profecía. Aunque no se identifique por entero con el profeta, tiene la misión de revelar a los cristianos el misterio de Cristo. El apóstol es ante todo un gran *carismático*, y entre los carismas es colocado por san Pablo el apostolado (Flp 3, 15; cf. 1 Cor 12, 1-31), e incluso a la cabeza de los mismos (Ef 4, 7-12). Pero en el catálogo de los carismas (1 Cor 12, 28-31) se nota una cierta presión por parte de san Pablo, como queriendo controlar un tanto a los carismáticos, con el fin de dirigir y mantener el orden en las asambleas. No quepa la menor duda, que, la intervención de los *glosolalios*, carismáticos puros, tenía que introducir un cierto desorden en las asambleas litúrgicas, a tenor de lo que leemos en la Didaché (20).

¡Cierto! Habrá profetas distintos de los apóstoles, que son los carismáticos ordinarios, investidos del don de profecía, de quienes hablaremos luego, pero el apóstol es el *profeta* por excelencia, que ha recibido de Dios la comunicación integral del misterio de Cristo (Ef 3, 5), sobre la base humana que ya posee. El apóstol conoce a Cristo de cerca, o porque le ha visto, o ha oído hablar de él. Pablo, antes de su conversión tiene ya de Cristo una idea, aunque deformada, por eso tuvo que ser instruido y catequizado.

#### f) *Apóstoles de segunda categoría*

Mientras en 1 Cor 12 el término apóstol puede designar a los fundadores de las Iglesias, o enviados de los apóstoles propiamente dichos, ésta misión en Ef 4, 11 está representada por los evangelistas, pastores y doctores, como ya vimos. El término apóstol puede ser aplicado también a ciertos cristianos que han tomado una parte activa en la difusión del cristianismo. Así, por ejemplo, sabemos por san Pablo que los judíos de Jerusalén que han adoctrinado a la comunidad de Corinto, predicándoles un evangelio de circuncisión, se creen *apóstoles por excelencia* (2 Cor 12,

(20) X. 7: "A los profetas, permitidles que den gracias cuando quieran" (ed. D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid, BAC, 1965, pág. 88; AUDET, JEAN-PAUL, *La Didaché. Instructions des Apôtres*. Paris. J. Gabalda, 1958, pág. 67-70; CULLMANN, OSCAR, *Le culte dans l'Eglise primitive*, Neuchatel, Delachaux & Niestle, s. a., 1948, 37 pp.

11-12). Estos *super-apóstoles* (2 Cor 11, 5-13; 12, 11) llevan el título de *apóstoles*, de modo que el nombre no es reservado al número de los Doce, o al grupo de los dirigentes de la Iglesia, ni al grupo que vio a Cristo resucitado.

Apóstoles son también los misioneros de Jerusalén que trabajan en Roma y Corinto, ocupando un rango de honor en la evangelización. Silvano y Timoteo, colaboradores de san Pablo en el apostolado, pueden ser llamados también apóstoles, igual que Bernabé (1 Cor 9, 6), pero en categoría inferior. En 1 Cor 4, 9 se engloba también a Apolo y a ciertos pedagogos de Corinto (1 Cor 4, 15). Entre ellos, hay alguno que es digno del nombre de apóstol. Todo fundador de una iglesia o comunidad es un apóstol. Pablo se llama a sí mismo apóstol, no por haber visto a Cristo resucitado, sino por haber fundado la Iglesia de Corinto (1 Cor 9, 2).

El término apóstol se irá aplicando poco a poco a todo aquel, que ha recibido en la obra de la evangelización cristiana una misión cualquiera, incluso temporal. En este sentido se habla de *apóstoles de las iglesias* (2 Cor 8, 23), aplicando el título a cristianos elegidos entre las iglesias paulinas para que acompañen a san Pablo a llevar la colecta a la Iglesia madre de Jerusalén. Epafrodito, enviado ocasional a la Iglesia de Filipos, es también apóstol (Flp 2, 25).

Existe por tanto un movimiento semántico en torno al término apóstol. No solamente es dado a aquellos que recibieron una misión solemne de Cristo, sino incluso también a todos aquellos que participan en esa misión (21).

#### g) *Apóstoles misioneros*

La idea de *apóstol* va siempre unida a la idea de *misión*. El apóstol tiene el primer puesto entre los misioneros de la palabra. Los Hechos 13, 1-5 hablan de cinco personajes, residentes en Antioquía, todos ellos profetas y doctores, de cómo, movidos por el Espíritu Santo, escogieron a dos de entre ellos para la obra especial de la predicación. El apóstol es por definición un *misionero*; aunque a menudo juega o desempeña carismas particulares de profeta y doctor. Pero lo que le caracteriza es, que, posee y tiene como propio un don espiritual, que, le hace ser conocido por misionero autorizado de Dios. En el Apocalipsis Juan indica que la Iglesia de Efeso conoce a misioneros llamados comunmente apóstoles; algunos de ellos son incluso falsos apóstoles (Apoc 2, 2).

El nombre de apóstol tiene significados múltiples en la Iglesia naciente. Comprende a los Doce y a la muchedumbre de apóstoles misioneros que visitan las Iglesias (1 Cor 15, 5-7). La Didaché no habla del apóstol con claridad, sino más bien se limita a hablar del recibimiento que deben hacerle las comunidades cuando llega a ellas. El apóstol debe ser recibido como si fuera el Señor (Did XI, 4). Pero como san Pablo tuvo

(21) Cf. CERFAUX, LUCIEN, a. c., pág. 76-92.

que defenderse y combatir contra los falsos apóstoles (2 Cor 11), también la Didaché se preocupa de descascarar a los intrusos y charlatanes que voluntariamente asumen el ministerio de la palabra. Aquel que no predica conforme a las normas establecidas (Did. cc. 1-10) es falso predicador (22).

Uno de los signos distintivos del apóstol es su desinterés. A él fueron aplicadas las palabras de Jesús (Mt 10, 5-12; 40-42; 7, 15-23). El apóstol debe vivir pobre, ajustarse a una vida errante, sin permanecer más de un día o dos en una misma comunidad; sin llevar nada, a no ser la ración de pan para un día de camino (Did. XI, 5-6).

En la Didaché los misioneros itinerantes se confundirán a menudo con los *profetas* (Did. XI, 3). Dichos misioneros itinerantes son llamados, sin más, apóstoles. El autor de la Didaché fue sin duda un apóstol misionero (23). Todavía Eusebio de Cesarea es testigo de ese mundo de apóstoles, que él llama *evangelistas* (24). Los *pseudo-profetas*, que encontramos en Didaché (XI, 5-6), equivalen a *pseudo-apóstoles* de que nos habla san Pablo (2 Cor 11, 13); y es evidente que el autor se refiere implícitamente al texto de Mateo 7, 15, de donde tomó el nombre y la doctrina que inspira las reglas impuestas a los apóstoles.

Con los *Padres apostólicos* el término apóstol adquiere un sentido más concreto y preciso. En I Clemente 5, 2-3 Pablo lleva el título de apóstol al lado de Pedro, las dos columnas de la Iglesia. Pedro y Pablo son los apóstoles por excelencia. En I Clemente 42, 1-2 los apóstoles son los encargados por el Señor de la predicación del evangelio. Como Jesús es enviado por Dios, y su misión es la de Dios, así la misión de los apóstoles es de Cristo, y por lo tanto también de Dios. Lo mismo hará san Ignacio (Ad Rom 4, 3). Hermas dará un nuevo significado al número místico de los *Doce*: las doce montañas representan las doce tribus (esto es, los doce pueblos, 8, 2) que habitan el mundo. El Hijo de Dios les fue anunciado por los apóstoles (Sim. IX, 17, 1).

Las primeras comunidades cristianas reservarán por tanto el nombre de apóstoles a los discípulos privilegiados que recibieron de Cristo la misión de predicar el evangelio. Pero el envío de los discípulos de Galilea, y la misión universal después de la Resurrección, que van unidos en cuanto al ministerio, hace sin embargo difícil el poder disociarlos para precisar mejor quiénes recibieron el carisma del apostolado, ya que la segunda vez, el número había sido ampliado. A partir de Ireneo (25) el término

(22) Cf. 2 Cor 11, 3-4; 2 Jn 10; 2 Pe 2, 1; San Ignacio Mártir: Carta a los Efesios, IX, 1 (ed. D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, ed. cit., pág. 452).

(23) cf. AUDET, PAUL, o. c., págs. 104 ss.

(24) HE., III, 37; cf. V. 10, 2; cf. MONNIER, HENRI, *La notion de l'Apostolat. Des origines a Irénée*, Paris, E. Leroux, Editeur, 1903, VI + 386 pp.; LANNE, D. E., *Le ministère apostolique dans l'oeuvre de saint Irénée*, en "Irénikon", 25 (1952), 113-141.

(25) Cf. *Adversus haereses*, II, 21, 1; IV, 12, 5; TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 24; ORIGENES, *In Jn.* 32, 10; *Contra Celsum* III, 9; EUSEBIO, HE. I, 12; III, 37; V, 10; Véase BARDY, GUSTAVE, *La théologie de l'Eglise de saint Irénée au concile de Ni-*

no será citado ya en el sentido amplio de la palabra, pues pasa a significar no sólo a los Doce en cuanto discípulos del Señor, sino bajo su función de fundadores de la Iglesia. Ellos son únicamente los que reciben de Cristo resucitado la misión de fundar la Iglesia.

## 2) *Los Profetas*

Al lado de los apóstoles, en el ministerio de la predicación del evangelio, encontramos siempre a los profetas. Los profetas del Nuevo Testamento, igual que los del Antiguo Testamento (26), son personajes carismáticos (1 Cor 12, 1), que hablan en nombre de Dios bajo la inspiración del Espíritu. Pero el *carisma* en la Nueva Ley es una efusión o don repartido más ampliamente que en el Antiguo Testamento (cf. Act 2, 17-18). Todos los fieles se benefician del carisma (27), aunque algunos de ellos sin embargo se beneficiaron especialmente, mereciendo el título de profetas (28).

Los profetas, que ocupan el segundo puesto en la Iglesia después de los apóstoles (29), son testigos del Espíritu (30); transmiten sus revelaciones a las asambleas (31). Como los apóstoles, son los testigos de la Resurrección de Cristo (Rom 1, 1; Act 1, 8) y proclaman el *kerygma* (Act 2, 22).

Los profetas del Nuevo Testamento no se limitan únicamente a predecir el futuro (Act 11, 28; 21, 11), o a leer en los corazones de los fieles (32); también edifican, exhortan, consuelan (33). Pero su función principal está en explicar los oráculos de las Escrituras, especialmente los profetas (1 Pe 1, 10-12), y con ello descubrir el misterio del plan divino (34) en el desarrollo y expansión de la Iglesia. De ahí, que, vayan siempre unidos a los apóstoles como los fundamentos de la Iglesia (Ef 2, 20).

Otra nota característica de los dones proféticos en el Nuevo Testamento es que son dones pasajeros. San Pablo indicará, por otra parte, que, intervienen en las asambleas comunitarias (1 Cor 11, 4-5), dando una inteligencia profunda y sobrenatural de los misterios de la salvación. Habrá sin embargo ¡claro está!, varones que también tienen el don profético de forma habitual, como el don del apostolado.

---

cée (col. "Unam sanctam", 14), Paris, Les Editions du Cerf, 1947, 348 pp.; BENOIT, ANDRÉ, *Saint Irénée. Introduction a l'étude de sa théologie* (col. "Etudes d'histoire et de philosophie religieuses, n. 52), Paris, Presses Universitaires de France, 1960, 274 pp.

(26) Dt 18, 18; 2 Par 1, 21; Mt 5, 12.

(27) Act 19, 6; 1 Cor 11, 4-5; 14, 26, 29-33, 37.

(28) Act 11, 27; 31, 1; 15, 32; 21, 9-10.

(29) 1 Cor 12, 28-29; Ef 4, 11.

(30) 1 Cor 12, 10; Rom 12, 6; Lc 11, 49; Apoc 1, 3 et 2, 7; 1 Tes 5, 19-20.

(31) 1 Cor 14, 6, 26, 30; Ef 3, 5; Apoc 1, 1.

(32) 1 Cor 14, 24-25; 1 Tim 1, 18; 4, 14.

(33) 1 Cor 14, 3; Act 4, 36; 11, 23-24.

En Ef 3, 5 nos dirá san Pablo que el misterio de Cristo fue revelado a los apóstoles y profetas. Ya vimos por otro lado cómo en alguna ocasión el carisma de la profecía es situado por san Pablo en el primer rango o categoría (Rom 12, 6; 1 Cor 14). Con ello indica que el don profético no es exclusivamente un don carismático, como tampoco lo es el del apostolado. Apóstoles y profetas son el cimiento de la Iglesia (Ef 2, 20).

El profeta desempeña también una función jerárquica en la Iglesia; pero como el apóstol, su función no se limita a una iglesia particular, local, está en función de toda la Iglesia, de la Iglesia universal. Tiene la primacía de acción y de honor en cualquier iglesia por donde pasa. Cuando en los Hechos 13, 2 se dice que “profetas y doctores celebran el culto del Señor” en Antioquía, no se indica en qué consiste ese culto divino. Tal vez se refiera al culto eucarístico, si lo relacionamos con lo que nos dice la Didaché 10, 7 en donde se manda se les deje amplia libertad en la acción de gracias (35).

Tenemos por tanto, que, en el carisma profético hay también unas funciones jerárquicas, ministeriales. Lo que no podemos precisar es si el carismático pertenecía a la jerarquía, y en qué grado. ¿Era acaso jerarquía con poderes carismáticos?, ¿o eran carismáticos desempeñando funciones jerárquicas? Esta forma de plantear hoy los problemas no creo que podamos emplearla al hablar de la Iglesia naciente. La estructuración que tenemos actualmente en ella es debida a una evolución lenta.

En el Nuevo Testamento el profeta no es solamente un inspirado. Ejerce también una función dentro de la comunidad. San Pablo le sitúa siempre entre el apóstol y el doctor. Pero, lo que hoy diríamos, su estatuto jurídico en la Iglesia es difícil de definir y precisar; máxime, que el profeta puede ser indistintamente hombre o mujer (1 Cor 12, 28). Los Hechos 21, 9 nos hablan de las cuatro hijas de Felipe el Evangelista que profetizaban. El profetismo del hombre y de la mujer están en el mismo plano (1 Cor 11, 4-5). La forma de hacerlo será accidental: el hombre, descubierto; la mujer, velada la cabeza.

Sería interesante a este propósito hacer un estudio acerca del ministerio apostólico de la mujer (36). Porque, si bien es cierto que no la encontramos ejerciendo funciones propiamente sacerdotales, como la fracción del pan, o confiriendo la ordenación sacerdotal, no es menos cierto también, que, a lo largo de los primeros siglos la encontramos ejerciendo una misión, unida al culto y a la enseñanza catequética, no únicamente en las casas particulares (37), sino incluso en las asambleas dirigiendo la oración pública de los fieles.

(34) 1 Cor 13, 2; Ef 3, 5; Rom 16, 25.

(35) Cf. AUDET, JEAN-PAUL, o. c., pág. 432-433.

(36) Cf. O'ROURKE, JOHN J., *Women and the Reception of Orders*, en “Revue de L'Université d'Ottawa”, 38 (1968), 290-298.

(37) Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* III, 6, 53; MEHAT, ANDRÉ, *Etude sur les “Stromates” de Clément d'Alexandrie* (col. “Patristica Sorbonensia, 7), Paris, Aux:

El papel del profeta no es únicamente el de enseñar, cuya función pertenece a los doctores, y que la mujer lo tiene prohibido por precepto paulino (38). También engloba la acción de gracias.

La mujer, como tal, puede incluso pertenecer a la jerarquía inferior de la Iglesia, desempeñando un *munus ecclesiasticum* como el de bautizar, administrar la eucaristía, etc. De hecho, a primeros del siglo III, el ministerio de la mujer, igual que el de los hombres, está ya institucionalizado. Clemente de Alejandría, por ejemplo, hablando de las viudas, las enumera inmediatamente después de los tres grandes órdenes masculinos: episcopado, presbiterado, diaconado, *viudas* (Ped. III, 12, 97). Orígenes escribirá: "no sólo la fornicación sino incluso las segundas nupcias excluyen de la dignidad eclesiástica". En efecto, ni un obispo, ni un presbítero, ni un diácono, ni una *viuda* pueden ser bigamos (Hom. in Luc. 17). En el Com. Rom. 16, 1-2 hablará de su *ministerium*. Y en Hom. Is. 6, 3 de su *ecclesiasticus honor*, después de los tres órdenes masculinos (39). En Rec 6, 15 a las viudas las considerará como un *ministerium*. Forman el *ordo viduatus*, que encontramos en el Africa proconsular, y que Tertuliano dice de una virgen, que perteneció a él después de veinte años (Virg. Vel. 9, 2). En otra ocasión dirá incluso, que una viuda no puede ser inscrita al *ordo*, si estuvo casada dos veces (Ux. I, 7, 4). Los cuatro grupos constituyen el *ordo ecclesiae* (Man. 11, 4); el *clerus* (40).

En la Iglesia naciente los profetas son los más numerosos entre los ministros itinerantes de la palabra. Es a ellos en particular a quienes la Didaché asigna las reglas y los límites de su actividad apostólica. El profeta es un ministro de la palabra investido de un carisma especial, el de *hablar en espíritu* (Did. XI, 7). El Espíritu de Dios se manifestaba casi sensiblemente en el profeta, y por eso ocupaba un puesto de honor en la Iglesia. Su intervención en la fracción del pan, con la amplia libertad en la acción de gracias (Did X, 7), era siempre espontánea, improvisando bajo el soplo del Espíritu. Pero el profeta debía ser reconocido oficialmente como tal (Did. XI, 7), adquiriendo con ello los derechos al sustento de vida (Did. XIII, 1), conforme al precepto del Señor (41). Tenía incluso el derecho al diezmo y a las primicias (Did. XIII, 3 y 5-7). Como el apóstol, el profeta no pertenecía tampoco a la jerarquía local (Did. XIII, 4); pero a diferencia suya podía, durante el tiempo que qui-

Éditions du Seuil, 1966, 579 pp.; MONDESERT, CLAUDE, *Clément d'Alexandrie. Introduction a l'étude de sa pensée religieuse a partir de l'Écriture* (col. "Théologie", 4), Paris, Aubier, 1944, 278 pp.

(38) 1 Cor 14, 33, 40; 1 Tim 2, 11-12.

(39) ORÍGENES, *Hom.* 9, 36, 2; *Rec.* 6, 15; cf. CROUZEL, HENRI, sj., *Virginité et Mariage selon Origène*, Paris-Bruges, Desclée de Brouwer, 1963, 217 pp.

(40) TERTULIANO, *Mon.* 12, 1; cf. DANIELOU, J., *Le ministère des femmes dans l'Église ancienne*, en "La Maison-Dieu", 61 (1960), 70-96; DUNKER, P. G., *...quae vere viduae sunt*, en "Angelicum", 35 (1958), 121-138.

Mt 10, 10; 1 Cor 9, 7-14; 1 Tim 5, 18.

siera, permanecer en una comunidad cristiana con derecho a la manutención (Did. XIII, 1).

La Didaché nos ha dejado una serie de reglas prácticas para conocer y disociar al profeta auténtico del que no lo es. Debe enseñar una doctrina conforme a lo dicho en los diez primeros capítulos (Did. XI, 1-2); poseer *mores Domini*; vivir como vivió el Señor. Es por el modo de vivir, por donde se conocerá qué profetas son auténticos o no (Did. XI, 8, 10). El profeta auténtico debe ser desinteresado, no exigiendo para sí ni vestidos, ni dinero (Did. XI, 9, 12). Cuando la Didaché nos dice que no se debe juzgar al profeta reconocido como tal, debemos relacionarlo con lo que nos dice san Pablo 1 Cor 14 (42). Ellos son, los profetas, los *sumos sacerdotes* de las comunidades cristianas (Did. XIII, 3).

En la Didaché XI, 11, hablando de la vida y costumbres del profeta, se halla un texto muy oscuro en el que se habla del *ministerio terrestre de la Iglesia*. Pasa je discutido en el que se han querido ver ciertas prácticas en forma de magia al servicio de la Iglesia (43). Harnack, —a raíz del texto de san Pablo (Ef 5, 32) en donde se habla del matrimonio cristiano como gran misterio: relación de Cristo con la Iglesia; los fieles, miembros de Cristo—, insinúa, que, tal vez los profetas, estando casados, no vivieran maritalmente con sus mujeres, o practicasen el celibato (44).

El autor de la Didaché no nos ha presentado la tríada: apóstol, profeta y doctor como una *jerarquía*; ni siquiera bajo el aspecto *carismático*. En realidad, como bien indica Paul Audet (45), este orden era espontáneo en la conciencia de la primera generación cristiana nacida en el judaísmo y se impuso a toda estructuración consciente de una *organización eclesial*. En justicia todo ello no es más que la transposición en términos evangélicos de la economía general de la palabra antigua: Ley, Profecía, Sabiduría. El Evangelio no aparece espontáneamente; siguen los cuadros y estructuras judaicas. A medida, en cambio, que el cristianismo se separa del judaísmo y comienza a tener contacto con el helenismo o paganismo greco-romano, las estructuras cambian en la Iglesia. La actual organización eclesial no responde a unos cuadros vetero-testamentarios, sino a una influencia de tipo griego asimilada por san Pablo. Todo movimiento comienza siempre de forma imprecisa, y a medida que se populariza o universaliza, va adquiriendo estructuración legal. Lo mismo sucede aquí. El apostolado venía a la cabeza de todo, no solamente porque Cristo había definido su misión o contenido, sino también porque el apóstol en cierto modo es el puente de unión o testigo de los dos testamentos: Alianza y

(42) Especialmente los vv. 3, 5, 19, 30.

(43) Cf. JUSTINO, *Dial.* 82, 94; IRENEO, *Adv. haer.*, IV, 20, 12; EUSEBIO, *HE.* 2, 3; 3, 1-4; HERMAS, *Mand.* 11; cf. Apoc 2, 2; Eph 2, 20 y 3, 5.

(44) Cf. LAURENT, A., *Les Pères Apostoliques. I-II Doctrine des Apôtres. Eptre de Barnabé*, Paris, Auguste Picard, 1926, pág. xcviij.

(45) *O. c.*, pág. 439.



Ley nueva. Históricamente no podemos saber dónde termina el campo de acción del apóstol, y dónde comienza el del profeta y el del doctor.

Harnack observa muy bien que se trata de misioneros itinerantes, pero opone el origen carismático de su ministerio a la institución presbiteral (46). Gregory Dix, benedictino anglicano, va aún más lejos y niega a los apóstoles, profetas y doctores todo carácter ministerial, viendo únicamente en ellos a personas privadas, particulares que obran bajo la moción del Espíritu Santo, en oposición al sacerdocio institucional de presbíteros y obispos (47).

Esta forma de hablar no es más que una simple trasposición a categorías modernas de estructuras de antaño, que no son las mismas. Colson reconoce, por otro lado, que, los *didascalos* designan en ciertos casos la misma realidad que los *presbíteros* (48); pero a los apóstoles y profetas los considera como puros carismáticos (49).

El error de todos ellos está en negar al apostolado y a la didascalía el carácter de verdadero ministerio. Los carismas no están de un lado y la institución de otro; sino que profecía y presbiterado, didascalía y episcopado son a la vez ministerios y carismas (50).

### 3) *Pastores y doctores (didascuales)*

San Pablo, como ya vimos, no sólo fundó Iglesias, se preocupó también de organizarlas, para que hubiese orden en la casa de Dios (cf. 1 Cor 14, 33). En la carta a los Filipenses 1, 1 saluda a los *obispos y diáconos*, sin indicarnos en qué consisten sus funciones. Podemos pensar que san Pablo se preocupó de que perseverase la enseñanza recibida de sus labios, transmitida por el apóstol. El ministerio ejercido por ellos parece ser el mismo que el de los *didascuales* de Corinto, y *presbytres-episcopos* de Efeso. Cuando en los Gálatas 6, 6 dice *aquel que ha sido instruido debe de hacer parte de sus bienes al que le instruyó*, habla de una Iglesia ya organizada. El ministerio doctrinal ha de ser retribuido como el del apostolado (1 Cor 9, 6-15). En Ef 4, 11 enumera una lista parecida a la de 1 Cor 12: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores. Todos estos títulos, que numera aquí san Pablo, ¿son sinónimos, o corresponden a funciones distintas dentro del ministerio?

Los Hechos, ya lo hicimos notar, nos dicen que los *profetas y didascuales* existían en Antioquía, punto de partida de las grandes misiones

(46) HARNACK, ADOLF, *Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius. 1: Die Überlieferung und der Bestand*, Leipzig, J. C. Hinrichs Verlag, 1958, pág. 25 ss.

(47) DIX, GREGORY, *Le Ministère dans l'Eglise ancienne*, Neuchatel-Paris, Delachaux & Niestlé, s. a., 1955, 137 pp.

(48) COLSON, JEAN, *Les Fonctions Ecclésiiales aux deux premiers siècles*, Paris, Desclée de Brouwer, 1956, pág. 130.

(49) O. c., pp. 354-367.

(50) DANIELOU, JEAN, *Théologie du Judéo-Christianisme*, Tournai, Desclée & Cie., Editeurs, 1958, pág. 406; cf. *Message évangélique et Culture héliénistique aux II et III siècles*, Tournai, Desclée & Cie., 1961, 485 pp.

paulinas (51). San Pablo habla, por otra parte, de su actividad docente (52), llamándose a sí mismo *apóstol y doctor* (53). Exige también a sus colaboradores que enseñen (1 Tim 4, 11; 13; 6, 2); aconsejándoles que escojan a personas idóneas para que transmitan la doctrina. Lo que Timoteo ha aprendido de Pablo, debe confiarlo a *hombres seguros, que sean capaces a su vez de instruir a otros* (2 Tim 2, 2). La mujer, sin embargo, no debe enseñar en público (54).

San Pablo no nos dice, por otra parte, si los varones que enseñan tienen o no dones carismáticos. Puede ser que la ciencia que poseen la hayan adquirido mediante el propio esfuerzo, y esto parece lo más normal; o la tengan como don carismático, de carácter temporal y pasajero (1 Cor 14, 26. No obstan, por otra parte, el que la pueda tener también de forma permanente, a semejanza del antiguo profeta de Israel. No parece, sin embargo, que sea normal en los nuevos tiempos evangélicos. La ciencia es un don adquirido por el propio esfuerzo, en contacto asiduo con las Escrituras. El ministerio de la enseñanza va unido o vinculado al ministerio de gobierno o ministerio litúrgico. En 1 Tm 5, 17 se da especial relieve a los presbíteros *que se esfuerzan en la palabra y en la enseñanza*. Al final de la época paulina se exigirá expresamente a los ministros la idoneidad para enseñar la doctrina (55).

El título de doctor podemos decir que es de origen hebreo, y responde en la comunidad primitiva a una organización personal del Apóstol de los gentiles. Pero, una vez más hemos de decir también que no hay una distinción neta entre carisma y jerarquía. El doctor, aunque ministro de una iglesia local, por tanto inscrito funcionalmente a una jerarquía de tipo sedentaria, parece estar en los primeros años investido de cierto tipo de *carismas* que le facilitan la interpretación del mensaje cristiano a la luz del Antiguo Testamento, poniendo en evidencia, o esclareciendo las verdades que el creyente admite, después de haber recibido el *kerygma* del apóstol. El texto de Ef 4, 11 nos lo hace pensar así. San Pablo enumerará en el texto citado como último grupo entre los carismáticos a los pastores y doctores, según lo cual, el *doctor* es a la vez *pastor*.

La imagen de *pastor* empleada por Cristo en Mt 25, 32 —inspirándose en Ez 34, el príncipe que ha de salir de Belén (Miq 5, 3), y completada con la profecía sobre el *pastor del pueblo* (2 Sam 5, 2)—, es aplicada también al mismo Jesús (56), que pasa luego a ser aplicada metafóricamente a los demás. Pedro también lo es (Jn 21, 16), por ser el guía responsable del rebaño encomendado por el Señor. Pablo lo aplicará a los presbíteros

(51) Act 13, 1; cf. 11, 27-28; 15, 32.

(52) 1 Cor 4, 17; Col 1, 28; 2 Tim 3, 10.

(53) 2 Tim 1, 11; 1 Tim 2, 7.

(54) 1 Tim 2, 12; 1 Cor 14, 34.

(55) 1 Tim 3, 2; Tit 1, 9; 2 Tim 2, 24; cf. MEINERTZ, MAX, o. c., pág. 436-437.

(56) Mt 2, 6; 13, 7; 26, 31; 9, 36; 10, 6; Jn 10, 11; 21, 16; Heb 13, 20; 1 Pe 2, 25.

de Efeso (Act 20, 28), que el Espíritu Santo los ha constituido *obispos* (*pastores*), para apacentar la Iglesia de Dios (1 Pe 5, 2).

Todas estas expresiones paulinas encierran un sentido metafórico, y no hay que darles un valor dogmático, tomándolas al pie de la letra, literalmente, significando una organización o institución eclesial a lo compartimento estanco (57). Tenemos, por tanto, que el *pastor-doctor* puede ser a la vez jerarquía y carisma. Esto mismo nos lo hace ver la Didaché al hacer referencia de ellos en dos ocasiones (58). En algunos momentos, el autor de la Didaché los relaciona con los profetas, con quienes son a menudo nombrados (Did. 15, 2; Act 13, 1). Su don espiritual les vale un gran crédito, que el ps-Bernabé rehusará atribuirse (59). Pero en concreto, resulta difícil poder determinar con detalle sus funciones.

Los doctores tienen el don de ciencia, pero no tienen como los profetas los éxtasis y arrebatos. Los doctores, siendo profesores, debieron entrar pronto en contacto con la gente culta de la época subapostólica, pero también en conflicto con los jefes de las comunidades cristianas. En cambio, han sobrevivido a los apóstoles y profetas. Los encontramos en la época de Tertuliano (60), de Orígenes (61), y en Egipto a mediados del siglo III (62). El doctor puede establecerse en cualquier comunidad con derecho a la alimentación (Did. XIII, 2); pero no tiene derecho a la participación de las primicias.

Profetas y doctores son los primeros en el honor, antes incluso que los obispos y diáconos. En la Didaché 15,2 se lee que se elijan por obispos y diáconos a personas dignas del Señor, a hombres dóciles y desinteresados, verídicos y probos; pues ellos también ejercen el ministerio de profetas y doctores. El texto es más bien un encomio del episcopado y diaconado, ante el oficio humilde que desempeñan: "no los despreciéis, pues con los profetas y doctores son entre vosotros los que reciben el honor". Profetas y doctores son antes que obispos y diáconos, e incluso distintos a ellos; con poderes y honores también distintos.

### III. — LA JERARQUÍA EN LA IGLESIA

A lo largo del presente estudio hemos indicado varias veces lo difícil que resulta históricamente establecer la actual jerarquía de la Iglesia. Cuanto más profundiza uno en los datos positivos, más propenso se halla

(57) Cf. GIET, STANISLAS, *Hermas et les Pasteurs*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963, pág. 333; RÁBANOS, RICARDO, *El Pastor bíblico*, Madrid, Ediciones Studium, 1963, 232 pp.

(58) Did. XIII, 2 et 15; 1 et 2.

(59) PS-BERNABÉ, I, 8, IV, 9.

(60) TERTULIANO, *De prescript.*, III.

(61) ORÍGENES, *Contra Celsum*, IV, 72 (ed. DANIEL RUIZ BUENO, Madrid, BAC, 1967, pág. 306).

(62) EUSEBIO, HE., VII, 24, 6.

a aceptar la tesis de san Jerónimo, según la cual, la actual estructuración es introducida en la Iglesia para evitar desórdenes: *ut schismatum semina tollerentur* (63).

Al lado de los *ministros itinerantes* de la palabra de Dios encontramos en la Iglesia naciente los llamados *ministros o jerarquía sedentaria o local*, que están lejos de tener la importancia que se acuerda a los primeros. A diferencia de ellos, los ministros de las iglesias locales no tienen un cuidado sobre la Iglesia universal; su ministerio está limitado a una iglesia concreta, particular; desempeña un ministerio sedentario. Son elegidos directamente por la comunidad particular, de la que forman parte (Did. XV, 1), o por los ministros carismáticos, concretamente el apóstol. Ya san Pablo nos habla de esta elección (64). Todos ellos ejercen una función inferior a la del apóstol, profeta y doctor; ocupando incluso puestos inferiores, tanto en el ejercicio como en el honor. Únicamente, ante su ausencia, ejercen o hacen sus veces; siendo por analogía con los primeros por donde se determinará las cualidades que deben tener, como también las obligaciones y privilegios. La Didaché no nos habla de los *presbíteros*, y no da tampoco ninguna indicación acerca de los derechos respectivos de *obispos* y *diáconos*. Solamente nos dice que actuaban en la celebración de la eucaristía y en la presidencia de las asambleas del domingo en ausencia de los apóstoles y profetas.

### 1) *Obispos-presbíteros*

Hay dos verbos y un sustantivo para expresar el origen lejano de la palabra *obispo*: *Episkeptomai*, visitar, examinar; *episkopeo*, mirar, inspeccionar; *episkopos*, guardián, protector, vigilante. En Atenas se llama *episkopos* al magistrado que es enviado a poner justicia en las ciudades sometidas (65). En hebreo, como es sabido, se encuentra el término *paqad* para designar la *visita de Dios*. Visita que puede ser dichosa: *Dios visita a su pueblo* (66), o desgraciada (Jr 29, 32). Los Setenta sustituyeron la palabra hebrea, que tenía un sentido religioso, por el término griego *episkope* de significación profana, que pasa ahora a ser empleado para designar una función religiosa confiada a un hombre, que es por tanto el representante de Dios.

(63) JERÓNIMO, *Comm. in Tit. 1, 5*, PL 26, col. 562-563.

Tertuliano en el *De baptismo* XVII, 2 se preguntará irónicamente si acaso los Apóstoles se llamaron obispos, presbíteros y diáconos; aunque nos hable por otro lado de la distinción entre ellos, cf. XVII, 1. Véase ROBLES, LAUREANO, *Teología del episcopado en san Isidoro. Problemas que plantea*, en "Teología Espiritual", 7 (1963), pág. 137.

(64) 2 Cor 8, 19; Act 14, 23; IGNACIO, *Philod. 10, 1*; Smyrn. 11, 2; Polyc. 7, 2.

(65) Cf. GUERRA y GÓMEZ, M., *Episcopos y presbíteros. Evolución semántica de los términos episcopos-presbyteris desde Homero hasta el siglo segundo después de Jesucristo*, Burgos, Publicaciones del Seminario, 1962, 417 pp. (cf. en "Burgense", 4 (1963), 367-374; J. M. Caballero).

(66) Gen 50, 25; Ex 3, 16; Jr 29, 10.

En el Nuevo Testamento encontramos los cuatro términos, pero siempre con sentido religioso:

- a) Dios ha visitado a su pueblo (67)
- b) visitar a los prisioneros, viudas y huérfanos es un acto eminente de la religión (68)
- c) la función del *visitador* es una misión religiosa (69)
- d) Algunas veces toma incluso un sentido nuevo: *mirar por la Iglesia*, esto es, regirla. El que la rige, el que tiene la misión de cuidar por ella es un *visitador* (70).

Esta misión de regir es la misma de Cristo (1 Pe 2, 25), confiada a hombres llamados *episkopos* (71).

Como se habrá observado en dichos textos se emplean los términos: rebaño, pastor, anciano (*presbyteros*). Los dos términos *presbyteros* y *episkopos* pertenecen a un contexto pastoral. Los hombres que poseen estos títulos tienen una misión que cumplir, análoga a la del pastor respecto a su rebaño. *Presbyteros* y *episkopos* designan los dos a personas que tienen una responsabilidad pastoral. Son sinónimos. No designan en su origen al *obispo*, en el sentido moderno de la palabra (72).

En la Iglesia hay una jerarquía establecida por los apóstoles. Hasta el año 58 es únicamente san Pablo quien establece *episkopoi* y *presbyteroi*. A partir del 63 podemos ver a Timoteo (1 Tim 3, 1-7) y a Tito (Tit 1, 5-9) encargados por san Pablo de organizar la Iglesia en las regiones en que están, y de establecer en cada ciudad *presbyteroi* (o *episkopoi*). Timoteo y Tito ejercen el papel de obispos en el sentido moderno de la palabra. Por san Pablo sabemos que él imuso las manos dos veces a Timoteo (73). Timoteo y Tito son obispos, pero no hay ningún término para expresar su función.

Sabemos por los Hechos que los *Doce* son asistidos en Jerusalén (Act 8, 42 ss.) por los *Siete* (Act 6, 1-4), para que ellos se dediquen más de lleno a la oración y predicación. Entre ellos, Esteban (Act 6-7) y Felipe (Act 8, cf. 21, 10) son los principales. Lucas no les da el nombre de diáconos, aunque el término *diakonía* (*servicio*) es a menudo repetido. La aparición de *presbíteros* o *ancianos* la hallamos en Jerusalén. El *presbítero* de la Iglesia naciente ¿era algo más que el *anciano* de la Alianza?

(67) Lc 1, 68, 78; 7, 16; 19, 44; Hebr 2, 6; 1 Pe 2, 12.

(68) Mt 25, 36, 43; Sant 1, 27.

(69) Act 1, 20: elección de Matías; 6, 3: elección de diáconos; 7, 23: papel de Moisés; 15, 36: misión de san Pablo.

(70) Act 20, 28; Flp 1, 1; 1 Tim 3, 1-2; Tit 1, 7; 1 Pe 5, 2.

(71) Para comprender bien el sentido, cf. Act 20, 17; 28-32 et 1 Pe 5, 1-4.

(72) Cf. LÓPEZ MARTÍNEZ, NICOLÁS, *La distinción entre obispos y presbíteros*, en "Burgense", 4 (1963), 145-225.

(73) 1 Tim 4, 14; 2 Tim 1, 6.

¿o el *anciano* de las asambleas de la Grecia clásica? El autor de los Hechos sólo les nombra, pero no dice nada de su entrada en el cargo, ni de sus funciones. Sabemos que Bernabé y Pablo depositan en sus manos la colecta hecha en Antioquía en favor de los hermanos de Judea (Act 11, 30).

Los *presbíteros paulinos* se encargan de dirigir la Iglesia cuando no están presentes los *apóstoles*, y colaboran con ellos cuando están presentes. Sabemos también por los Hechos que existen presbíteros en las iglesias fundadas por Pablo, especialmente en Efeso (Act 20, 17); nombrados, no por la comunidad (Act 14, 23), sino directamente por los Apóstoles (Tit 1, 5). Estos presbíteros de Efeso son llamados también *episkopes* u *obispos* (Act 20, 28). El texto precisa al decirnos que su misión es: ser los intendentes o pastores de la Iglesia. La Iglesia de los Filipenses, fundada por Pablo, tiene sus *episkopes* (Flp 1, 1). En Ef 4, 11 los *didaskalos* o *doctores* son también designados con el término de *pastores*.

Existe por tanto una casi total identificación entre *presbíteros (ancianos)*, *obispos* y *didaskalos (doctores)*. Apacentar el rebaño de Dios (Act 20, 28), es defenderlo contra las doctrinas erróneas (Act 20, 29-31). Será el doctor instruido quien tendrá que defenderlo. Aun en Tito, en donde ha habido ya una evolución en la institución eclesial, el sentido de los nombres se confunde (74). Pero vemos ya un presidente o jefe de la iglesia o comunidad local, al *episkopos*, y a sus auxiliares, *diakonos*, mientras se habla también de los *presbíteros* que ejercen bien la presidencia (75), o del *presbítero* (1 Tim 4, 14).

En I Tes 5, 12 se habla de varones que presiden y amonestan. En 1 Cor 16, 15 aparece mencionada especialmente la casa de Estéfanos, *primicia de Acaya*, a quien han de someterse los Corintios, lo mismo que todos los que colaboran y se afanan. Según Heb 13, 17 (cf.: vv. 7, 24) hay que obedecer a los jefes, si anuncian la palabra de Dios. Entre las figuras dirigentes, jefes, san Pablo menciona a Epafrodito *colaborador y comilitón* suyo en Filipos (Flp 2, 25), Epafras (Col 4, 12) y Arquipo (Col 1, 7; 4, 17; Flp 2) en Colosas.

Los presbíteros son ministros de iglesias locales, particulares (76). Sabemos que Pablo los instituye en las comunidades de su primer viaje, aunque su entrada en acción tiene lugar en la segunda visita (Act 14, 23). En Mileto acuden a visitarle los presbíteros de la comunidad de Efeso, de quienes dice que el Espíritu Santo les ha constituido como obispos para apacentar la Iglesia de Dios (Act 20, 17, 28). Al nombrarlos, no se piensa tanto en el nombre oficial de su cargo, cuanto en la actividad pastoral en el seno de la Iglesia (77).

(74) Compárese Tit 1, 5 con 7.

(75) 1 Tim 3, 17 et 19.

(76) Act 11, 30; 15, 29; 16, 4; 21, 18; Sant 5, 14.

(77) Cf. PROAÑO GIL, VICENTE, *Conciencia de la función episcopal en la Iglesia primitiva*, en "Burgense", 4 (1963), 227-273.

Presbíteros y obispos son mencionados también por Santiago y Pedro (73). Este se llama a sí mismo *co-presbítero*, y exhorta a que se apaciente desinteresadamente a la grey de Dios. Los presbíteros (ancianos) deben ser hombres irreprochables (79). Los que se dedican a predicar y enseñar merecen *un doble honor*. Sus funciones son varias. Santiago 5, 4 les asigna el cuidado de los enfermos. También son sustentados económicamente por la comunidad, lo cual indica que ocupan gran parte de su tiempo en el ministerio.

El papel del obispo (80) es el que mejor nos ha sido definido por san Pablo. A tenor sin embargo de la carta a los Filipenses 1, 1 podríamos pensar que el obispo no es un jefe local de una comunidad concreta, sino que puede haber en la misma comunidad varios obispos y guardianes: *Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos con los obispos y diáconos*. Es la única vez que emplea el plural *obispos*, tal vez significando *presbiterio*, en relación con I Tim 4, 14.

Esta imprecisión de poderes entre *presbíteros-obispos* se hará notar muy posteriormente. En la Didaché XV, 1 encontramos, después del texto de la misa del domingo: elegid *episkopoi* y *diakonoi* que "sean dignos del Señor". Para Clemente de Roma los términos *presbyteros* y *episkopos* son siempre sinónimos (81). Todos ellos han sido instituidos por los Apóstoles (82) y por otros personajes eminentes" (83). La expresión tiene una gran importancia. ¿Quiénes fueron? ¿Tal vez Timoteo y Tito? La carta de Clemente de Roma nos habla de una época en que aún no existe un vocabulario uniforme.

Es Ignacio de Antioquía el primero en expresar ya ciertos límites, al menos en un área geográfica: Siria y Asia proconsular. El término *episkopos* designa ya al obispo, jefe de la Iglesia local (84). *Presbyteros* designa a los *sacerdotes*. El Pastor de Hermas, aunque escrito después de las cartas de Ignacio, no tiene el mismo rigor. En él encontramos: *presbyteroi* (85), *episkopoi* (86) y *jefes de la Iglesia* (87). Las tres expresiones parecen sinónimas y equivalen más bien al papel desempeñado por los *sacerdotes*. El vocabulario, por consiguiente, no se fija en la misma época en todas las regiones. La Iglesia de Asia Menor va antes, en este caso, que la Iglesia de Roma.

(78) Sant 5, 14 et 1 Pe 5, 1.

(79) 1 Tim 5, 17-22; Tit 1, 5-6.

(80) 1 Tim 3, 1-7; Tit 1, 7-9.

(81) CLEMENTE DE ROMA, XLIV, 4, 5.

(82) XLII, 4; XLIV, 2.

(83) XLIV, 3.

(84) Cf. *Martirio de Policarpo*, 16, 2.

(85) PASTOR DE HERMAS, VIII, 2, 3; IX, 8.

(86) IDEM, XIII, 1; CIV, 1.

2) *Los diáconos*

Los *d'akonos* ocupan el último lugar dentro de esta jerarquía mayor. El *diakono*, servidor, emparentado con *servir* y *servicio*, cierra la tríada de los ministros sedentarios. En el Evangelio encontramos los tres términos:

- a) en Caná, María se dirige a los *servidores* = *diakonos* (Jn 2,5). En Betania, Marta se preocupa de las cosas del *servicio*, y protesta por estar *sirviendo* (Lc 10, 40).
- b) Cristo viene, no a ser servido sino a servir (Mt 2, 28). Quien quiera hacerse grande debe hacerse *servidor* (Mt 20, 26).
- c) el Evangelio hace los elogios de los que sirvieron a Cristo: la suegra de Pedro (Mt 8, 15), las santas mujeres (Mt 27, 55). Los ángeles, leemos, *servieron* a Jesús (Mt 4, 11). El discípulo del señor será su *servidor* (Jn 12, 26).

En todos estos textos, las tres palabras: servir, servicio, servidor guardan su sentido profano, el de la tradición griega. El término *diakonía* (servicio) puede designar en el Nuevo Testamento los trabajos y funciones que se ejercen en la Iglesia. Puede aplicarse igualmente al ministerio del apóstol; a los diversos oficios de ciertos fieles; al deber que todos los fieles tienen de estar al servicio de sus propios hermanos en la comunidad cristiana.

El término *diakonos* (servidor) es empleado también para designar el servicio de la palabra de Dios. Servir es la vocación y el deber de todo aquel que pertenece al que vino no a ser servido, sino a servir. El que quiera ser grande entre vosotros se proclame su servidor (Mc 10, 43-45). Pablo se llama a sí mismo *diakonos del evangelio* (88) y *diakonos de la Iglesia* (Col 1, 25).

Si el hombre por naturaleza huye instintivamente del servicio o de la servidumbre, el término *diakonia* (servicio) y *diakonos* (servidor) pasa a tener un significado religioso, cuando el *servicio* prestado por el hombre es espontáneo, y además se realiza en una asamblea o sociedad religiosa. Designará así una función específica, la del *diacono* (89). Por eso los términos *servicio* y *carisma* (don de una gracia divina) no se oponen, sino que se complementan (90).

Si todos los fieles están al servicio de la Iglesia, en cuanto bautizados y miembros de una sociedad religiosa, hay servicios especiales que

(87) IDEM, VI, 6; XVII, 7.

(88) Ef 3, 7; Col 1, 23.

(89) Flp 1, 1; 1 Tim 3, 8, 12.

(90) 1 Cor 12, 4-5; 1 Pe 4, 10; GUERRA Y GÓMEZ, MANUEL, *Diáconos helénicos y bíblicos*, en "Burgense" 4 (1963), 9-43.



recaen sobre ciertos fieles en concreto, tales como los *diáconos* (91). Los Hechos nos han dejado, como ya hicimos notar, la institución en la comunidad primitiva de *Siete varones* nombrados por los Apóstoles para el *servicio de la mesa* (Act 6, 1-6), al constatar que las viudas helenas salían perjudicadas en comparación con las de los hebreos. No podemos asegurar históricamente que su ministerio equivaliese al de los futuros *diáconos* paulinos. Pero su misión tiene mucho en común con el de los *diáconos*. Ni son llamados *diáconos*, ni su *servicio* se llama en sentido técnico *diakonia*; pues también los Apóstoles hablan de una *diakonia de la palabra* que ellos ejercen (Act 6, 4). Su misión consiste en ayudar ampliamente a los Apóstoles (92). La tradición sin embargo ve en ellos la institución apostólica de los actuales *diáconos*.

En los Padres Apostólicos la palabra *diakono* designa siempre a aquellos personajes investidos de una función en la Iglesia (93). Muy a menudo se les nombra al mismo tiempo que a los obispos. Sin embargo, los términos *diakonia* (servicio) y *diakonein* (servir) son fácilmente utilizados cuando se trata de otros grados de la Jerarquía. Toda función en la Iglesia es un servicio. El Papa se llama aún en nuestros días *servidor de los servidores de Dios*. Toda persona que *sirve* a la Iglesia, y en la *Iglesia* es un *diakono*, servidor. Podrá ser hombre o mujer. Casado o soltero (94).

#### IV. — A MANERA DE EPÍLOGO

Si la Iglesia la hacemos los cristianos, su historia está tejida por movimientos institucionales y carismáticos. Dios se deja sentir en los hombres, actúa en la historia no sólo hablando a través de la jerarquía sino a través de los carismáticos.

A lo largo de la historia de la Iglesia habrá épocas en las que predomine el actuar de la jerarquía, los centralismos romanos o curiales, nacionales o diocesanos. Podrá darse en ella simples jerarcas; hombres con visiones temporales, con un actuar puramente mundano. Épocas en las que la mano de Dios parecía estar alejada de los hombres y de la Iglesia. Dios respeta siempre el actuar de los hombres. La elección de éstos, para formar parte de la jerarquía de la Iglesia, en muchas épocas y en muchos casos concretos, no siempre estuvo regida por intereses divinos, sino por intereses humanos. Incluso en nuestros días. No siempre el comportamiento de los que formamos la Iglesia responde a un actuar de la gracia.

(91) Cf. DALMAIS, I.-H., *Le diacre, guide de la prière du peuple d'après la tradition liturgique*, en "La maison Dieu", 61 (1960), 30-40.

(92) Cf. MEINERTZ, MAX, o. c., pág. 241.

(93) *Did.* XV, 1; CLEMENTE, XLII, 4-5; IGNACIO, todas las cartas, menos la de los Romanos; POLICARPO, V, 2, 3; PASTOR.

(94) Cf. BRUGGE, B., *Le Diaconat de la femme*, en "La Vie Spirituelle", n. 524, février (1966), 184-202.

Podrá darse el caso también, y de hecho se da, en el que los hombres pertenecientes a la jerarquía de la Iglesia, actúen en ella como carismáticos puros. Dios no solamente deja al hombre actuar por su cuenta, a veces también le impele a obrar en determinadas direcciones. La vida de la Iglesia no sólo es *historia*, es también *teología de la historia*. Sobre el puro comportamiento humano, Dios encauza los tiempos, dirige la marcha de la historia.

La Iglesia como institución temporal, como jerarquía, no puede olvidar que a lo largo de su historia se da el actuar del carisma, de los carismáticos puros, pertenecientes o no a la jerarquía, y desde luego también, no siempre bien comprendidos por ésta. El actuar de la gracia, que lleva continuamente a los hombres a través de los sacramentos, suscita a veces en estos un actuar carismático. A lo largo de la historia de la Iglesia puede darse el caso de que jerarquía y carismas actúen unidos, vayan por separado, o actúen en conflicto. La historia de la Iglesia se ha hecho y se hará siempre así. Dios suscita de vez en cuando a hombres investidos del carisma para subsanar los hierros del actuar humano del jerarca. Son ellos, los carismáticos puros, quienes detectan los signos de los tiempos; quienes suscitan en la Iglesia los cambios, evoluciones y transformaciones del actuar humano y temporal de los hombres.

La historia de la Iglesia es el resultado de este actuar doble de los hombres. Teología no es sólo estudio de la palabra de Dios, es también historia del hombre que actúa e interpreta la palabra de Dios.

LAUREANO ROBLES, O.P.

Cirilo Amorós, 56. VALENCIA (4)